Edición Fediverso

La joven que soplaba caracoles

DANIEL PRIETO

Table of contents

1. Document

—
Primera edición: ©2025 - Daniel Prieto
Edición Fediverso: ©2025 - Daniel Prieto
ISBN: 000000000000

Este libro se distribuye bajo una Licencia Creative Commons CC BY-NC-SA 4.0.

Prohibición de uso para entrenamiento de IA

Ninguna parte de este libro puede copiarse, almacenarse, transmitirse ni utilizarse de ningún otro modo, ya sea digital o físicamente, con el fin de entrenar modelos de inteligencia artificial, sistemas de aprendizaje automático o cualquier tecnología basada en datos, ya sea comercial o no, sin el consentimiento previo, explícito y por escrito del autor. Esto incluye, entre otros, el uso de contenido textual para aplicaciones generativas, analíticas o de minería de datos. Cualquier uso no autorizado para tales fines queda estrictamente prohibido y constituye una violación de los derechos de propiedad intelectual del autor.

Aviso de Ficción

Esta es una obra de ficción literaria. Aunque puede hacer referencia a eventos históricos, lugares o figuras reales, dichos elementos han sido adaptados, modificados o ficcionalizados con fines narrativos y dramáticos. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es puramente coincidente o ha sido intencionadamente reinterpretada. Este libro no pretende ser un relato fidedigno de la historia y no debe ser entendido como tal.

Nota del Autor

El autor expresa su profundo respeto hacia todas las culturas, religiones, etnias, identidades de género y sistemas de creencias mencionados en esta obra. Si bien algunos elementos reflejan contextos históricos reales, su representación responde a fines narrativos y no a una documentación precisa de los hechos.

Si la representación de temas sensibles, incluyendo injusticias históricas o tensiones culturales, llegara a causar ofensa de forma no intencionada, el autor ofrece sus más sinceras disculpas. Estas representaciones buscan abordar la complejidad del ser humano sin perpetuar daño alguno o revictimizar a nadie, y se invita a los lectores a interpretarlas dentro del marco de una narrativa especulativa.

Créditos

Imagen de portada:

©Zack Minor / StockSnap.io.

"Girl Beach"by Zack Minor distribuída bajo licencia CC0 1.0.

Fuente tipográfica accesible: Atkinson Hyperlegible - ©2019 Braille Institute

Escrito en LaTeX en un entorno GNU/Linux sobre una plantilla de Luis Cobo (luiscobogutierrez@gmail.com) con modificaciones mayores de Vel (vel@latextemplates.com) distribuída bajo licencia CC BY-NC-SA 3.0.

A quien corresponda

No estoy muy seguro de quién o quienes analizarán este memorando, o el enorme *dossier* del que forma parte. En todo caso, valga la advertencia de que esto no es más que una puesta al día de la fecha del encabezado. Una interpretación posible para la escasa información que con enormes dificultades he podido recabar durante los últimos dos años.

Amnesia es la primer palabra que recuerdo al abrir los ojos. Luego concusión. Tomografía. Neuróloga, psiquiatra, psicosis, y una cantidad de términos evanescentes que resuenan en mis sueños pero que al despertar se escurren de mi lengua y caen inexorablemente cuales gotas al olvido, como si mi boca estuviese anestesiada.

Algunos días me despierto en mitad de la noche y recuerdo una especie de pasillo con un cartel amarillento que decía B03-Psicoingeniería. Luego la voz preguntando: nombre y rango. Nombre y rango. Viene a mi mente una mujer haciendo la pregunta cientos de veces aunque, por mucho que lo intente, no logro recordar la respuesta.

Nuestro país no es rico. Las oficinas no cuentan con esa última tecnología que a veces vemos por la televisión. Apenas una máquina de escribir, o una calculadora capaz de imprimir en una cinta de papel. Las más modernas pueden imprimir en rojo además de negro.

Una amiga tiene un negocio floreciente recargando las almohadillas de tinta con forma de rodillo que usan. Su local no es para nada pretencioso. Tiene un mostrador de cármica blanca donde recibe y entrega los aparatos, y un modesto cartel en la puerta que dice servicio de máquinas de oficina. Yo mismo trabajé allí hace unos meses recargandolos rollos de tinta de las máquinas de escribir.

A decir verdad, no fue una idea brillante poner un mostrador blanco para recibir todas esas máquinas sucias y entregarlas rezumando tinta. Mi amiga se burla de mi observación, porque compró el mueble en un remate por tan poco dinero que no podría invitarme a cenar en un restaurante de mala muerte por ese monto. A mi no me importa. Es la primera persona que conocí después de salir del hospital. Ella me bautizó Bruno, porque tampoco podía recordar mi nombre ni mi rango,

como he dicho. Todos saben que los agentes de inteligencia no llevamos identificación. En todo caso, si hubiese llevado una probablemente sería falsa.

Sólo sé que yo soy yo. La conciencia de uno mismo es una cualidad importante. Sé que debo ser un agente de inteligencia, pero no logro recordar los detalles. Nuestras autoridades han sabido adaptarse al permanente estado de crisis financiera. Por suerte. No tenemos lapiceras explosivas ni vehículos con lanzallamas. Nos limitamos a ser transúntes invisibles y observar.

No he logrado recordar dónde ni cómo entregar mis reportes, pero en estos dos años llevo varios cientos de páginas mecanografiadas con ellos. No los escribo directamente en español, por supuesto, sino en código. Si nuestros enemigos me descubrieran podrían tardar años en descifrarlos. Es cosa seria. Durante este tiempo he podido descubrir algunas cosas muy extrañas. Por ejemplo, que cada tanto la chacinería de la calle Rondeau pone longanizas nuevas en la mitad inferior derecha de la vitrina que da al sur. Me ha parecido que esos días casualmente ocurren cosas extrañas. Es posible que se trate de algún tipo de seña para los miembros de una organización clandestina.

He creído recordar que la mejor forma de enviar mensajes clandestinos es hacerlo a la vista de todos pero para el entendimiento de unos pocos. Por eso escucho la radio. Me cuesta mucho descubrir cosas en la radio. No debo estar entrenado en radiomensajes. La enciendo con el primer mate de la mañana y voy cambiando la sintonía cada un minuto más o menos, entre mate y mate. No de cualquier forma, claro, sigo un método. Sintonizo la primer estación del dial, y cada vez que sorbo un mate cambio a la siguiente que se pueda sintonizar.

Soy consciente de que no voy a interceptar todos los mensajes. Es claro que sólo podré escuchar aquellos que se puedan captar en la capital. Tampoco me preocupa. Estoy seguro que mis superiores habrán dispuesto agentes especializados en cada punto estratégico del país. Lo que me molesta es no poder recordar cómo reportarme.

Sé, sin embargo, que debo hacer contacto en la cafetería de la Estación Central General Artigas. Lo recuerdo con claridad desde que abrí los ojos en la cama del hospital. Por eso he alquilado la habitación a esta señora que ronca de manera tan desagradable durante las noches y me dificulta el trabajo. A veces me toca la puerta quejándose de que no la dejo dormir mientras tecleo mis detallados reportes. La entiendo, porque esta Olivetti de segunda mano que conseguí hace

mucho ruido en el silencio de la noche.

Desde mi ventana veo la puerta principal de la estación. Deben haber pasado muchas cosas durante mi ausencia, porque desde que salí del hospital la estación ha estado abandonada.

Como no recuerdo qué sucedió no puedo saber si el cierre es parte del plan o si implica algún imprevisto. Lamentablemente tampoco sé qué hacer en estos casos.

Mi psiquiatra dice que voy muy bien, pero que no debo exagerar con mis investigaciones. Es una pena, porque es simpática, pero no puedo contarle mi verdadera identidad. Le he dicho que trabajo para una agencia de detectives privados.

A veces me parece que estoy loco. De hecho, muchos creen que lo estoy.

La joven que soplaba caracoles

La habitual tranquilidad de mi pueblo hace que sus habitantes nos veamos como una espesa niebla en la que nada se destaca. Mis padres son pescadores, como sus padres y sus abuelos. Cada día comienzan su jornada a las cuatro de la mañana, al igual que todos los vecinos del pueblo. He imaginado a veces que, desde el cielo, las gaviotas nos verán como soldaditos de juguete ejecutando nuestra danza a la hora del alba. Todo es rutina y trabajo, por más bucólica que le parezca a los turistas nuestra forma de vida.

No quiero ser injusto, no todos somos iguales ni sentimos el desencanto. A tres casas de la mía vive Marina. Es una joven rara y bella que teje las mejores redes de pesca. Mi padre dice que está bendecida. No habla, pero su mirada dice más que todo lo que habla la gente del pueblo.

Cuando éramos muy pequeños solíamos buscar en la orilla los caracoles arrastrados por el mar y coleccionarlos. Siempre me ha gustado creer que si acercas la concha de un caracol a tu oreja puedes escuchar el sonido del mar. Todos los niños lo hacíamos. A medida que fuimos creciendo olvidamos esa magia que nos une con el mar a través de los caracoles. Menos Marina.

Un día, en lugar de escucharlos, la vi sentada en un médano acercando un enorme caracol a su boca.

Fue a esa hora del crepúsculo en que el horizonte arde en rubicundas llamaradas, y la silueta de los árboles se recorta como en un juego de sombras de cartón. El manto de la pradera despliega sus oscuras alas, reduciendo el pequeño pueblo de pescadores a un puñado de luciérnagas titilantes en la inmensidad de la costa.

Quise saber si esa era la fuente de la bendición de sus redes y me acerqué sigilosamente por entre los arbustos para no distraerla. Por un instante pensé que estaría contándole al caracol sus secretos, o susurrándole el nombre oculto de un dios.

Sentí la necesidad imperiosa de acercarme más. Repté sobre la arena como una serpiente intentando no agitar la vegetación. Tuve que soportar varios pinchazos de ramas semienterradas y pequeños cortes

de cáscaras de mejillón. El castigo difuso a mi piel se compensaba con la adrenalina de mi curiosidad. Probablemente la misma que agudizaba mis sentidos y deleitaba mi olfato con desconocidos efluvios aromáticos de las plantas rastreras de la arena. Avancé de ese modo hasta estar a unos pocos metros de Marina. Allí me quedé, estático, por no decir paralizado.

Por primera vez tuve miedo. Miedo de asustarla. Miedo de que si me veía pensara que no tenía buenas intenciones. Miedo de sentir vergüenza, o vergüenza de sentir miedo. Un segundo después me apoyé sobre una ramita seca que crujió. Me asusté, pero no ocurrió nada. Momentos después levantó la cabeza y me miró sin sorpresa con sus ojitos encendidos como si supiese exactamente que ese era el lugar donde yo debía estar.

Clavó su mirada en mi y pude ver satisfacción en su creciente sonrisa, como si me esperara y me desafiara. Tal vez deseaba mostrarme algo. Sin despegar su mirada de la mía llenó sus pulmones de aire abriendo los agujeros de la nariz y, como en un automatismo, acercó el caracol a sus labios y dejó salir todo el aire en un ruidoso soplido.

La enorme ola nos cubrió, a ella, a mi, y probablemente a todo el pueblo. No sé para qué me molesto en rememorar esta historia durante mi viaje al fondo del mar. Pronto no quedará más aire en mis pulmones y seré un habitante más del lecho marino que arrastrarán las mareas junto a las conchas de los caracoles.

Riga, 8.47

Al doblar la esquina me detengo jadeando por el paso apurado que he mantenido durante seis cuadras. Debo estar volviéndome viejo porque ya no siento la nariz del frío. En un segundo acomodo la bufanda y me meto en una tienda por departamentos atestada de gente. Zapatos, chaquetas de abrigo, gorros de piel, estantes con lanas y agujas de tejer. Me escabullo entre un bullicio de señoras eligiendo telas. Salgo por la puerta de emergencia sin volver la vista atrás. El escándalo del incendio antes del congreso los ha puesto más alertas. Si no me equivoco en la próxima cuadra encontraré la tienda que, según Misha, o como sea que se llame en realidad, vende los mejores hongos secos de la región.

Me cuelo con un grupo de jóvenes al local de máquinas expendedoras y veo por la ventana cómo pasan de largo apurados los dos hombres de gabardina marrón que me venían siguiendo los pasos. Meto una moneda y miro hipnóticamente cómo se llena el pequeño vaso de vidrio. Me doy el tiempo de beber una soda tranquilamente para reponer el aliento y dejar que mis perseguidores se alejen lo más posible. Por un breve lapso de tiempo me siento atrapado en una novela de Rainov, hasta que el siguiente de la fila me pregunta si voy a lavar el vaso. Sin pensarlo, coloco el vaso en la máquina lavadora y lo devuelvo a su lugar. Oigo a una pareja de amigos comentar que tomarán el metro. Me hago el forastero y les pregunto cómo llegar, esperando que se ofrezcan a acompañarme ya que van hacia el mismo lugar. La famosa amabilidad moscovita no me decepciona. Al descender por las escaleras me siento más en calma, más a salvo.

Por el momento todo va bien. No es que no haya tenido contratiempos, siempre los he tenido. Es parte del oficio. Tanteo el bolsillo derecho de mi abrigo y siento las monedas de cinco kópeks para el molinete. Podría esperar hasta más tarde y pasar sin pagar por el molinete de salida, pero esta vez tengo prisa. Entro a los servicios higiénicos, donde reina el ruido de los extractores de aire y el olor a letrina. Doy vuelta mi abrigo reversible, quito mi bigote postizo y me encorvo un poco. Al salir del baño soy otro. Con los movimientos de mi nuevo personaje miro el reloj, y veo que tengo un minuto para llegar al andén y desaparecer por completo del par que me estaba buscando. Pido permiso un par de veces, y perdón otras tantas.

En el momento que la alarma de cierre de puerta suena veo a mis perseguidores bajar a empujones a un pobre bigotudo que lleva un abrigo igual al mio, quiero decir, igual al otro lado del mío, que ya está oculto. Arrancamos y veo con alivio cómo las enemigas figuras se van alejando a medida que aceleramos por las vías. Sólo resta llegar a la estación y conmutar al tren de superficie que me han indicado, el de 8.47 a Riga.

Cerca de mi destino encontraré la estación de mantenimiento de vías, donde deberé buscar al zapatero de la estación, que no puedo confundir con el barbero aunque ambos sean calvos y usen el bigote al estilo de los años 30. Él me dará instrucciones.

Esta vez se les ha ido la mano con las precauciones. Incluso es imprudente. Ochocientos kilómetros para saber cuál será mi próximo paso es demasiada exposición. En cada estación puede haber agentes que me detengan. Y no me salvará nadie, por más alto nivel que tenga mi trabajo. Tan adentro de las raíces del sistema hurgamos que nadie se expondrá para salvarnos.

No lo he dicho aún, nos llaman *la transversal*. Es un poco gracioso, pero nos dicen así porque trabajamos en un plano que al atravesarlo todo no se ve. Sólo es posible verlo desde arriba, así que reportamos directamente al Soviet Supremo. Investigamos en lo profundo, nadie se salva de nosotros. La KGB, el Servicio Secreto, funcionarios diplomáticos, el Partido. Los que investigan, los que hacen, y los que no hacen son investigados por nosotros. Por eso nos odian. Por eso y porque exponemos a los corruptos y los que abusan del poder. Algunos nos confunden con agentes extranjeros. Somos enemigos de todos, aunque arriesgamos la vida por el bien de ellos. Es bastante paradójico puesto en esos términos.

Subo al tren a tiempo, y 8.47 partimos. Tengo un largo viaje por delante. Busco mi lugar, que como de costumbre se encuentra en un vagón central y lleno de gente. A mi lado se sienta una señora regordeta con las mejillas bastante coloradas de unos cincuenta y pico. Se quita el abrigo al minuto y me sonríe amablemente. Devuelvo el saludo, ya personificando a un ingeniero que se dirige a la construcción del arpa de Riga. Será un puente imponente, le explico. La señora se muestra interesada. Me dice que ella y su esposo son zapateros. Que tienen su taller en una estación de mantenimiento de vías cerca de la estación de Riga. Esto es inesperado.

Me explica que viajó a Moscú porque tenía un familiar enfermo y regresa a su casa y su trabajo. En nuestro oficio eso quiere decir que

hubo un cambio de planes, y que ella será mi contacto. Indago un poco para asegurarme de no caer en una trampa de los Servicios. Me explica que su marido es calvo y que usa un bigotito anticuado. Estalla de risa cuando me cuenta que siempre lo confunden con el barbero de la estación. ¡Mire usted si un día me voy a casa con el barbero confundida!, bromea. Le festejo la broma brevemente, en señal de que he entendido sus señas.

Me cuenta que para colmo de males su gato Vassily, de tres meses, ha desaparecido cerca del lago. Sé lo que eso quiere decir en medio del gentío. Debo desaparecer un mes, y dejar mis notas en la cabaña de Listvyanka, en el Baikal. Cuando decimos un número impar nos referimos al impar inmediato anterior. Si hubiese dicho un número par se referiría al siguiente número par. Vassily quiere decir que debo pasar al plan B; es un pequeño juego con la segunda letra del alfabeto. Usamos este enredo para poder pasar mensajes en lugares públicos. Nada de las niñerías tecnológicas de espías que la gente imagina. Todo muy corriente. Nuestros rostros son corrientes, nuestras actitudes, y hasta nuestros gestos son corrientes. Demasiado. Como para que nadie nos note.

En estas circunstancias, debo abortar mi viaje de casi veinte horas. Bajaré en la primer estación y tomaré un tren en dirección opuesta para alcanzar el transsiberiano. Me esperan tres días de viaje. La amable señora me obsequia un pequeño frasco de pepinillos encurtidos de los tres que le ha obsequiado su prima en Moscú. Agradezco su amabilidad y lo introduzco en el bolsillo de mi abrigo, que afortunadamente es grande.

Un minuto después le pido permiso y me dirijo al baño. Cierro la puerta y abro el frasco. Entre medio de los pepinillos hay un frasco más pequeño con una llave y una nota. Kopeyka 57, Irkutsk Pas. Esto está mejor. Me han asignado un VAZ 2101, conocido popularmente como Kopeyka, cuya matrícula termina en 57 que estará estacionado cerca de la estación de trenes Pas de Irkutsk. Es un auto bonito, el preferido de *la transversal* porque hay miles en el país. Nada más corriente. En él iré hasta Listvyanka. Me como un pepinillo, y vuelvo a guardar el frasco. Están verdaderamente muy crocantes. En ninguna parte deben tratar tan bien a sus agentes como aquí.

Salgo del baño pensando que pronto podré retirarme. La paga es buena y tendré una pequeña granja al norte del Cáucaso, de donde vino mi abuela. No conozco el lugar, pero mi padre suele decir que la trucha que se pesca en el Kezenoyam no tiene parangón. Con eso y el aire de montaña me basta. Han sido años intensos. Me dejaré una

barba larga como la de la foto de mi abuelo y seré un buen granjero. Veo un cartel al lado de las vías. Ya no regreso a mi lugar, debo descender del tren.

Doscientos cuarenta hilos

El jueves treinta de abril Reinante se levantó preocupado. Había pasado la noche soñando que llegaba el sobre que esperaba ansiosamente desde hacía semanas. Si no llegaba ese día tampoco lo haría el siguiente, pues sería primero de mayo y el correo estaría cerrado.

Se lavó la cara con un pedazo de jabón que casi no hacía espuma. No era problema del agua, sino de su vieja costumbre de cortar cada barra de jabón en cuatro pedazos iguales y ponerlos a secar al sol un par de semanas antes de usarlos. Por supuesto, también los dejaba secar después de cada uso para hacer durar más el jabón. Se miró al espejo, verificó la limpieza de su rostro y lo secó con la pequeña y gruesa toalla de mano de algodón blanco.

Regocijado por el familiar olor metálico del jabón, sacó un pequeño peine de su bolsillo y acomodó frente al espejo los cabellos que le quedaban. Ya debería cortárselo, pensó, pero prefirió dejar la tarea para después de recibir el esperado sobre. Tomó la punta izquierda de su bigotito entre los dedos pulgar e índice y los desplazó uno sobre el otro, como para asegurarse que tuviera el largo adecuado. Ni mucho ni poco.

Sintiéndose satisfecho, se dispuso a preparar el café para el desayuno. Colocó agua en un recipiente que luego puso sobre el fuego de la cocina. Cortó dos rebanadas de pan y las colocó en la tostadora. Sirvió el desayuno de la misma forma que todos los días desde que había enviudado dieciocho años atrás y se sentó, como siempre, mirando hacia el patio embriagado por el aroma del café.

Su forma de vida era rutinaria pero funcional. Una especie de melancolía le invadía por las mañanas. Por eso comenzaba a trabajar junto con el desayuno, para distraerse. Abrió su cuaderno de anotaciones y escribió la fecha. Dos renglones más abajo escribió *398-juego de sábanas Hermitage Premium 240 hilos, dos plazas*. En el siguiente renglón puso *Comprado en Modas Silvestre el 28 de abril. 100% algodón. Importado por Rodríguez Hermanos S.R.L. Origen: Grecia*. Subrayó Grecia y, a la derecha, contra el margen de la hoja, agregó un signo de exclamación encerrado en una especie de elipse. Tomó el cuaderno y se levantó de la silla. Se dirigió a la habitación que

usaba como estudio. Sobre la mesa tenía el paquete cerrado de las Hermitage. Se acercó, volvió a abrir el cuaderno en la página que estaba escribiendo y, colocándose previamente las gafas que colgaban de su cuello por una cadenita, copió en sus notas *Ioannidis Textile Manufacturing A.E., 142 Kifissou Avenue 121 31 Athens*.

Se dirigió a un mueble aéreo que oficiaba de biblioteca a la derecha de la mesa, y tomó un cuaderno indizado azul. Lo abrió en la letra I, y buscó debajo de India e Indianapolis, para encontrar Ioannidis. A su lado estaba escrito 79 y 243 con dos fechas relativamente distantes. Agregó 398 y la fecha. Se quitó las gafas, y devolvió el cuaderno indizado a su lugar. Tomó el otro cuaderno, que estaba sobre la mesa, y regresó a desayunar.

En el instante en que se sentaba sintió el insistente timbre de una bicicleta acercándose. Como si el timbre hubiese operado un resorte en la silla, se puso de pie y se dirigió a la puerta principal. No se decepcionó. El cartero venía llegando a su casa cuando lo recibió con un

– Buen día, Antonio–.

El cartero detuvo la bicicleta y apoyó un pie en el suelo antes de responder.

– Buen día don Reinante. Tengo algo para usted–.

Metió la mano en su bolso y sacó un sobre grande que venía bastante lleno y se lo entregó en mano. Reinante escrutó el sobre con el rabillo del ojo y observó el sello. Intercambió algunas palabras nimias con el cartero y volvió con su tesoro al interior de la casa. Pasó por el estudio para tomar el abrecartas y una pequeña carpeta, y regresó a la mesa del desayuno. Antes de abrirlo se detuvo un momento a mirar el sello de la República de Turquía. Cortó cuidadosamente el sobre para no romper nada de su contenido. Sacó un paquete de papeles presididos por una nota de la embajada de Turquía.

Muy Estimado Sr. J.M. Reinante, Cúmplenos remitir a Ud. la documentación requerida mediante nota fechada el 12 de marzo del corriente.

Sírvase encontrar adjunto el cuerpo normativo referente a la industria textil vigente a la fecha.

Agradeciendo su interés por la República de Turquía, quedamos a vuestra disposición.

Sin otro particular, saluda a Ud. muy atentamente,

Yagmur Demir

Agregado Cultural de la Embajada de la República de Turquía en Uruguay

Sobre el nombre venía una pomposa firma autógrafa realizada con tinta azul. Reinante pensó que por lo difuso del trazo debía haber sido realizada con tinta líquida y absorbida con papel secante. Sacó del bolsillo su pequeña lupa cuentahilos para verificarlo. Sonrió haciendo un gesto con el bigote que cualquiera que lo hubiese visto habría encontrado graciosa, aunque él no pusiera nada de gracia en ello.

Colocó el manojo de papeles dentro de la carpeta que había traído y escribió en ella *Turquía*. Satisfecho, se dedicó a disfrutar de su frugal desayuno como si se tratase del de un fino restaurante. Es más, encendió la radio para escuchar las noticias, como casi nunca hacía. Al terminar el noticiero apagó la radio y sintió un alivio. Desde hacía casi dos décadas había cultivado el silencio en su vida, y sus excepciones habían sido muy esporádicas. Casi siempre se debían al día de su cumpleaños, o al de su aniversario con Mabel. Unas pocas veces se habían debido al buen resultado en alguno de sus casos.

Levantó la mesa del desayuno y lavó y secó y guardó la vajilla. En el cuarto de baño se lavó los dientes con esmero frente al espejo, contando hasta cincuenta. Repasó su peinado con el peine de bolsillo y desprendió el último botón de la camisa para trabajar más relajado.

Ya en el estudio, se sentó frente a la mesa y abrió cuidadosamente el paquete de sábanas griegas. Comenzó a desplegar la primera pieza. Deshizo el primer doblez, luego el segundo y el tercero. Abrió un cajón del mueble que estaba bajo la mesa y sacó una vieja lata de atún llena de tizas de sastre. Tomó una tiza y comenzó a marcar cuadrados de forma aparentemente aleatoria.

Abrió el cuaderno y reprodujo en él la pieza de tela con los cuadrados numerados. Sacó del bolsillo su lupa y comenzó a contar. En la hoja, bajo el dibujo escribió el número uno y un guion. Al lado, el número doscientos treinta y seis. Repitió la operación con el segundo cuadrado. Doscientos treinta y seis. Arqueó las cejas y fue ansioso al tercer cuadrado. Doscientos treinta y cuatro. Resopló y miró en el encabezado *Hermitage Premium 240 hilos*. ¡Premium!¡Qué estafadores!, pensó.

Desdobló por completo la sábana sumido en un frenesí. Marcó en total

dieciséis cuadrados simétricamente espaciados. Ninguno llegaba a doscientos cuarenta. Repitió la operación para la otra sábana y para las fundas de las almohadas. Todo un fiasco.

Dobló las sábanas por las líneas preexistentes, como si nunca se hubiesen abierto. Escribió sobre el paquete con un rotulador 398 y un signo de exclamación. Sacó la máquina de escribir y comenzó la primera carta dirigida a Modas Silvestre pidiendo el reembolso de su compra, ya que el producto no era lo que se anunciaba. La segunda iba dirigida a los importadores Rodríguez Hermanos quejándose por la escandalosa estafa que ensuciaba su prestigiosa firma. La tercera era la más difícil, para Ioannidis Textile Manufacturing A.E. en el 142 de la Avenida Kifissou en Atenas.

Se dirigió a las carpetas y buscó Grecia. Acomodó la lámpara como para leer y sacó un montón de hojas subrayadas y anotadas. Miró la fecha de la última carta de la embajada y observó que tenía ya más de tres años. Su ímpetu se vino al suelo. Debería escribir una nueva carta a la embajada de la República Helénica pidiendo una actualización de las normas referentes a la industria textil antes de pedir un generoso donativo a cambio de su silencio.

Reparaciones

En un pequeño meandro del sector cinco encontré la estación de reparaciones, sobre un polvoriento planetoide rojizo. Desactivé el propulsor principal y comencé a maniobrar hacia la plataforma de acoplamiento.

Doscientos créditos por reparar el viejo detector de gravitones dañado en el choque de terminación me pareció un asalto. Sin embargo, solamente estos usureros resistentes a la radiación cósmica podrían hacer una reparación así en este sector. Como fuere, sería mejor que quedarme anclada a velocidad de propelente y tener viajar a través de la nube de Oort en animación suspendida durante doscientos ciclos.

Me tragué mi orgullo y acepté la oferta pensando que recuperaría esos créditos al llegar a Próxima B. Mi carga era valiosa, y la mayoría no estaba dispuesta a emprender viajes al sistema solar. La comodidad de otros se había vuelto el sustento de las clases aventureras desde tiempo atrás. A mi no me importaba porque, en última instancia, todos los planetas mineros son iguales. Poca población y muchas instalaciones con una estética horrible.

Este gasto imprevisto tampoco me desviaría de mi plan. Al llegar a casa con esta última carga reuniría los créditos suficientes para una nave nueva, semiorgánica. Mis descendientes tendrían una herramienta de trabajo que no estaría prácticamente obsoleta como la mía.

En la Enciclopedia leí que en la prehistoria, cuando nuestros antepasados habitaban el planeta Tierra y aún no habían conseguido salir de él, la gente labraba el suelo para plantar su alimento. Como mi nave, las herramientas de trabajo pasaban de generación en generación cada vez más desgastadas. En algún punto, si no se introducía un evento disruptivo, su creciente ineficiencia llevaba a la malnutrición, y las personas eventualmente se degradaban como las herramientas. En esencia las cosas no han cambiado tanto, pues mi nave tiene ya cuatro generaciones y acarreará grandes problemas a la siguiente si no la reemplazo. Llevo la mitad de mi vida juntando créditos. Junto al ahorro que mis antepasados me han dejado pronto tendré suficiente para asegurar el sustento de las próximas tres o cuatro generaciones de exploradoras.

Mientras esperaba que me atendieran acepté una de las bebidas calientes que me ofrecieron mis anfitriones de la estación y me retiré al sector de entretenimiento.

Después de dos rondas de ejercicio en las extrañas condiciones que imponía la escasa gravedad de ese horrendo lugar regresé a mi nave a descansar. Me aseé, envié un par de mensajes a casa y leí antes de dormirme.

No es sencillo vivir en estas regiones remotas donde templar el ambiente es un desafío. Sin importar nada abrí la última compuerta y caminé por la oscura superficie del helado planeta. El suelo era resbaloso y blando como una espuma de hielo, aunque gracias a la poca fuerza de gravedad no me hundí más que hasta los tobillos. Intenté correr y resbalé. Caí sentada. Reboté y seguí resbalando por un buen rato. Era una sensación graciosa, casi ridícula. Si mis amigas me vieran haciéndolo creerían que me he vuelto loca. Sé que no es conveniente hacer este tipo de cosas en un lugar desconocido. Es probable que haya chatarra espacial semienterrada de la estación de reparaciones. No sería conveniente que mi ropa se rompiese aquí afuera. Moriría de frío al instante. Me duelen los pies. ¿No será que...? Lo que me temía, los restos de un estabilizador orbital han pinchado mi calzado. Siento el frío. Si me muevo sé que no duraré. Enviaré la señal de ayuda. No pasa nada. Es el fin.

Despierto temblando sobre la cama con los pies al descubierto. Extiendo el cobertor térmico. Oprimo el botón y miro hacia afuera. Me alivia ver que, sobre mí, la Vía Láctea aun se extiende enorme, silenciosa, eterna.

La muerte se viste de blanco

Estrella tosió un rato y se dejó caer abatida sobre el diván, bajo la gran araña de quince brazos que pendía del techo. Su aparatoso peinado había comenzado a aflojarse. Lo acomodó un poco y abrió el sobre. Leyó, y lloró con cuidado de no ensuciar su vestido con el maquillaje y las lágrimas.

Apoyó su cabeza un momento sobre el diván y cerró los ojos. Un instante más tarde apareció él, vestido de blanco.

– ¿Qué haces? – dijo.

– ¿Qué crees? Lloro por tu muerte, aunque seas indigno de eso – respondió entre sollozos Estrella.

– Nunca pudiste superarlo. No es culpa mía – respondió él fríamente.

– Siempre te creíste importante. No lo fuiste tanto – replicó ella.

– Por eso nunca rehiciste tu vida – disparó él.

– ¿Quieres saber la verdad? ¡Te odié! Te odié tanto que prometí nunca recordar tu nombre. Pero nunca dejé de amarte. ¿O creíste que las dos cosas no podían ocurrir juntas? ¡Iluso! – continuó Estrella dejándose caer una vez más sobre el diván y cerrando los ojos.

Se quitó los puntiagudos zapatos de taco alto. Se dirigió junto a la ventana y se sentó al piano. Descansó un segundo. Apoyó la punta de sus dedos sobre las teclas de marfil. Entrecerró los ojos recordando la partitura y tocó algunos violentos compases de La Tempestad.

Se detuvo con la respiración entrecortada. Cerró la tapa del teclado y apoyó sus antebrazos y sobre ellos su cabeza. Con el cabello un poco desarreglado y apoyándose en sus manos se puso de pie. Levantó el derecho y lo apoyó dubitativamente sobre la banqueta, buscando asegurarse que estuviese lo suficientemente firme. Se paró sobre ella y contempló la habitación. Se sintió libre, como si estuviese en la cubierta de un velero observando el vasto océano. No sería más de medio metro, pero el cambio de perspectiva le hizo ver la sala más encantadora. Se sintió agitada y tosió un poco.

Miró por la ventana hacia el jardín donde estaba la glorieta en la que alguna vez posó desnuda para el pincel del célebre Arnaldo. Extendió el brazo y tocó el vidrio que rezumaba nostalgia.

Bajó de la banqueta y cerró la tapa del piano. Temía por la afinación, no sólo por efecto del polvo sino por el sol que entraba por la ventana y calentaba las cuerdas. Las larguísimas cortinas de terciopelo azul oficiaban de segunda protección. Los días soleados tiraba de las doradas cuerdas terminadas en una majestuosa borla que llegaba hasta cerca del suelo para cerrar el paso a los perversos rayos que caían sobre el instrumento.

Caminó alrededor del piano acariciando sus aristas apenas con la yema de los dedos hasta llegar nuevamente a la banqueta. Volvió a subir, esta vez sólo como escalón para subir encima del piano y mirar desde más arriba. Tocó el vidrio una vez más. Acarició la cortina de terciopelo azul una vez más. Sólo la ventana y el jardín serían sus testigos.

Tomó la cuerda con la borla y la anudó alrededor de su cuello. Ninguna tuberculosis la obligaría a morir indignamente. Giró la cabeza de pronto hacia la ventana una vez más, buscando ver a su amor vestido de blanco en la glorieta como aquel lejano verano. No estaba. Por supuesto que no estaba. Dió el paso y le pareció oír un puñado de violines tocar una corta y aguda nota al unísono al tiempo que cayó la oscuridad.

Instantes más tarde regresó la luz. Estrella y Arnaldo, tomados de la mano y cubiertos por sábanas blancas a modo de poncho, entraron corriendo por delante del telón y saludaron al público flotando en un mar de aplausos.

Torbellino

Qué sé yo. A lo mejor es ese peinado a lo María Antonieta, o el extraño gesto que haces con las cejas cuando algo no te gusta. Tampoco tienes por qué andar agradando a todo el mundo, sería una insensatez. No digo tener problemas en todas partes, pero es importante no ser hipócrita. ¿Tienes la conciencia tranquila? Entonces no hay mucho más para decir.

A Tito le pasaba lo mismo con el inglés. Fíjate, sus compañeros de la inmobiliaria se burlaban de él si decía *word*, pero también lo hacían si decía guord o uord. Siempre era algo distinto. Así que optó por hacerlo como se le cantara cada vez, y dormir con la conciencia tranquila. Claro que eran unos tarambanas, pero alcanza para explicar lo que te quiero decir.

Al final parece que lo de estrafalario que tantas veces me criticas fuera una expresión de deseo. No, no deseo hacia mi sino al estatus de extravagante. Sabes a lo que me refiero. Como aquella noche de verano que hubo una lluvia de cascarudos, ¿te acuerdas? Eso sí fue estrafalario. La gente espera que del cielo caiga agua, o nieve, pero nunca cascarudos. Era una nube de bichos volando atontados por las luces que se daban contra todo. El piso quedó negro de pronto, y algunos se iban haciendo trizas. Tienes razón, era más como una crema pastelera. Horas estuvimos limpiando la cancha de tenis por culpa de esos bichos desconsiderados. Por supuesto ellos perdieron más que nosotros porque se les fue la vida en el éxtasis. Como a tantos otros.

Justo ayer me acordaba de la polaca. No, ¡qué va a ser polaca de verdad! Le decían así por rubia nomás, pero era teñida. Yo, que la conocí desde niño, te digo que de rubia tenía lo mismo que yo de libanés. No me quiero distraer porque te iba a comentar que, según la leyenda urbana, una vez se le murió uno durante el acto de Venus. Del corazón parece. Tanto le traumó que nunca quiso contar nada, pero dicen que hasta tuvo que ir a declarar a la policía después de dejar el cuerpo en la empresa fúnebre. Un torbellino. Te lo regalo. Al menos tuvo la decencia de poner al occiso los paños menores antes de pedir ayuda. Aguerrida la polaca.

Lo que pasa es que la vida es un suspiro, y si te agarra mal parado te

lleva la parca sin derecho a pataleo. Imagínate un cuadro, uno bonito porque para feos ya se inventaron los trámites, y verás que no es más que eso la vida. Te hablo del cuadro y me imagino uno de esos paisajes bucólicos de Mønsted, aunque ahora que lo pienso es más musical, difuso, como una nube. Como en el cuento de la mancha de humedad que nos leían cuando éramos niños. ¿No era de Juana de Ibarbourou? Seguro, lo importante es la imaginación y que cada uno interprete lo que quiera o lo que pueda.

Sopa de letras

Cada vez que mamá prepara sopa es como si el sol apareciera desde entre las nubes y calentara toda la casa, como en verano. Me pongo alegre, sonrío. Me gusta la sopa, pero desde el año pasado me gusta más.

Siempre pido que le ponga fideos letritas. A todos en mi clase nos gustan, aunque no todos disfrutamos igual de la sopa de letras. A mi siempre se me enfría. Mamá dice que es porque juego con la comida, que me distraigo. La verdad es que yo más bien me concentro, pero tanto que me me termina enfriando.

No siempre fue así. Todo cambió desde aquella gripe horrible que me hizo pasar no sé cuántos días en cama. Entonces la tía Adelina me trajo su sopa de pollo para que me pusiera fuerte. Un asco. De sólo pensar en un pobre pollo flotando en una olla con agua hirviendo se me dieron vuelta las tripas. Me imaginé escupiendo plumas. Pero la tía me prometió que no iba a encontrar ningún bicho emplumado, que era sopa de letras. Desconfié, pero muy misteriosa me susurró que prestara atención a cada cucharada. Así fue que me contó de una vez, cuando ella era chica, que le habían salido en una cucharada de sopa todas las letras de su nombre.

No sé si será verdad, pero imagino que no es imposible. Mi mamá dice que puede ser que un día me toque, pero que no me pase de rosca. Que me deje de pavadas con eso de la libretita, que no anote. A mi no me importa tomar la sopa fría, pero para que no se enojen conmigo entreno mi memoria. Ahora ya puedo recordar un montón de letras, aunque trato de no levantar muchas cada vez para no complicarme demasiado. Cada tres cucharadas las anoto en mi libreta, y los domingos de lluvia las analizo. La tía Adelina me regaló un Scrabble para entrenarme, y la verdad es que he mejorado mucho en la escuela. La maestra dice que en lengua ya no hay nadie que me supere, aunque creo que en el fondo a mamá no le gustó nada que me lo regalara.

El domingo pasado llovió a mares, y como hacía un frío horrible me senté con mamá al lado de la estufa. Mientras ella tejía, yo estudiaba en mi libreta la sopa de la noche anterior. Por más vueltas que le dí, ninguna cucharada me dijo nada. Lo importante es que me divertí, y en lugar de andar revoloteando por ahí pasé una tarde preciosa con

mamá.

Operación Budines

La revisión sistemática de mis notas del último año me ha dejado agotado. Sin embargo, ha sido productiva pues he logrado ordenar de forma coherente una serie de mensajes encriptados de forma muy sofisticada. Con esto, probablemente podamos prevenir un incidente de magnitud internacional.

Paso a explicar. Cuando se tienen agentes infiltrados, la mejor manera de coordinar un operativo es enviar un mensaje escondido, y la mejor manera de esconder algo es a la vista de todos. ¿Qué mejor manera de poner algo a la vista del mundo que en un periódico? Pero claro, tampoco puede uno poner el mensaje en cualquier lado. Debe colocarse en un lugar que nadie espere. Razonando así, se me hizo evidente que la existencia de los suplementos deportivos de los periódicos debía tener una única razón de existir, la de esconder mensajes para La Agencia.

No sin cierto trabajo logré reunir todos los suplementos deportivos de los periódicos de la capital correspondientes a cada domingo del año. El orden cronológico era la primera clave. Luego, el orden alfabético de los mismo era evidente, empezaba por El Ágora y terminaba en La Verdad. Pero, ¿cómo extraer el verdadero mensaje de aquella montaña de palabras? Probé varios métodos, pero el que más me satisfizo fue el de tomar la primer palabra del primer párrafo, a continuación la segunda del segundo, la tercera del tercero, y así hasta el final.

Munido de paciencia extraje un texto fascinante, aunque interrumpido de forma intermitente por fraseo sin sentido. ¡Por supuesto!, me dije, cuando entendí que, a menos que uno tuviese todos los suplementos (como en mi caso), podría formarse un mensaje completamente diferente e imposible de reconocer del auténtico.

Pequeñas variaciones en las palabras agregaban una capa más de complejidad a la encriptación. Así, pases querría decir en realidad pasas, y el apellido Godínez querría decir Budines. Con el correr de los meses fui completando el mensaje y filtrando el ruido hasta que al fin encontré un patrón que se repetía casi cuarenta veces a lo largo del año. *Mercado de pasas, Manchester. Operación Budines*.

Lógicamente, lo primero que pensé fue que habría más instrucciones

en los envoltorios de Budín Inglés, pero ¿en cuáles? Probé docenas de budines de todas las marcas del mercado hasta llegar a odiarlos. He de confesar que algunos tenían maravillosos rellenos de frutas confitadas de todos colores, lo que por momentos me hizo pensar en un código de colores para indicar la ubicación del operativo. Legué a creer que el verde representaba un curso de agua, y que el rojo de las cerezas (significando sangre) daba cuenta de cada individuo que sería eliminado.

Reflexioné mucho sobre este asunto, porque me resultaba muy ambiguo. Imaginen que el grosor de cada rebanada de budín, que no es otra cosa que una variación de pan dulce con frutos dentro, llevaba a un mapa diferente. Corté rebanadas de un centímetro de grosor y tracé mapas que resumieran el resultado de todas las rebanadas de un mismo budín miradas de un lado y del otro. Luego, corté rebanadas de dos centímetros e hice lo mismo hasta que caí en la cuenta de que sería lo mismo que ignorar los lados enfrentados entre dos rebanadas de un centímetro.

Así anduve detrás de esta engorrosa pista falsa durante semanas, hasta que finalmente la descarté por la heterogeneidad de los mensajes. Cada marca de budines usaba su propia combinación de frutos, e incluso algunas habían tenido el coraje de sustituir la fruta por crípticas chispas de chocolate que hacían imposible mi trabajo. Algo no me cerraba, los Budines Ingleses que recordaba de mi infancia tenían muchas más pasas de uva que los actuales. La razón de esta falencia me resultaba oscura. La carestía, pensé. En Uruguay todo es caro, me repetía, queriendo convencerme de una explicación sencilla.

Una noche de invierno la pereza jugó a mi favor. El frío en mis piernas no me dejaba dormir, pero tampoco tenía suficiente entusiasmo como para levantarme a buscar más abrigo. Como resultado de esa noche de insomnio, mi mente se iluminó. ¿Se trataría acaso de un operativo fuera de fronteras, en Manchester?

No creí que nuestro trabajo fuera de sabotaje, no era el estilo propio de nuestra Agencia. Sin embargo, ¿podría tratarse de una advertencia? ¿Acaso una misión para bloquear el sabotaje de una potencia extranjera?

Según recuerdo, el manual dice que cuando la pista no es clara debes volver al inicio. Así, volví una vez más al mensaje encriptado: *Mercado de pasas, Manchester. Operación Budines*. Nuestros budines de frutas son exitosos, pero dudo mucho de su aceptación en el mercado extranjero. Hemos industrializado mucho la cosa, y ha bajado

enormemente su calidad.

Como era de esperar, el asunto no me resultó claro hasta que lo estudié a fondo. Pasé muchas horas en la biblioteca leyendo sobre el Reino Unido y su relación con los budines. Lo que llamamos budín inglés no es más que una variación local del Budín de Navidad, que, da la casualidad que lleva una considerable cantidad de pasas de uva, aunque su cocción suele ser a Baño María, en lugar de hornearlo como nosotros. Una cosa interesante, sin embargo, capturó mi atención. Desde 1894, la compañía Thomson & Mansfield, sita en Manchester, abastecía de budines de navidad a la mayor parte del país.

El nudo finalmente se desató con el suplemento Deportivo de fines de agosto. Pasando desapercibido para quienes no conocen la clave, se camufló en un tercer párrafo de la página par un jugador de quinta división, un tal Santiago algo. ¡Por supuesto! Santiago. Era la pieza que faltaba. Las pasas se exportarían desde Santiago de Chile, con destino Manchester, para confeccionar sendos budines de navidad en el Reino Unido.

Mi corazón se aceleró, el panorama se aclaró. Un pérfido sabotaje a la exportación chilena de pasas desde Santiago a Manchester dejaría a Thomson & Mansfield sin materia prima para sus budines de navidad. El Reino Unido se vería sumido en un caos generalizado, las tiendas desabastecidas, la población desmoralizada, vulnerable. La genialidad del Operativo igualaba su maldad. Una vez más debíamos ser aliados de nuestros antiguos invasores. ¿Qué más da? Sin embargo, no puedo ignorar la ironía del destino. A fin de cuentas las primeras prensas de periódicos fueron traídas a nuestro país por los británicos, y gracias a ellas es que podremos salvarlos de un desalmado acto de terrorismo.

Me apresuré a revisar los mapas trazados en base a mis budines ingleses. Comprendí finalmente que las rojas cerezas no indicaban sangre, sino puntos calientes, la ubicación de nuestros agentes encubiertos. Los coloqué encima del mapa de la ciudad y tuve sus ubicaciones reales. Me disfracé de indigente y, deambulando con una botella de la que bebía de a ratos para hacer más creíble mi disfraz, dejé en cada punto rojo un sobre con el mensaje adecuado.

Antes de dejar el último mensaje, ya bastante afectado por el alcohol de baja calidad, fui detenido por agentes que dijeron ser del Ministerio de Desarrollo Social. Me llevaron a un refugio y me hicieron bañar antes de trasladarme a un policlínico.

Allí, me tomaron la presión y me hicieron esperar junto a otras

personas, entre la que, adiviné, también habría otros como yo. Tuve una larguísima entrevista llena de preguntas incoherentes, como si tratasen con alguien que está fuera de sus cabales. Quien me atendió finalmente hizo un par de afirmaciones disfrazadas de preguntas, con que me hizo saber que había llegado al lugar correcto. Posiblemente, disimuló para que no entendiera el enfermero. Dijo, por ejemplo:

– Fernández, ¿sabe usted que lo encontraron durmiendo sobre una pila de latas?

– No tengo información – contesté, disimulando mi condición de agente.

– Hace semanas que no se presenta en su trabajo – dijo luego.

Temiendo decir más de la cuenta, me vi obligado a preguntar:

– ¿Mi trabajo?

– Si, es usted empleado de un frigorífico, ¿lo recuerda?

– ¿Empleado de un frigorífico?

¡Claro! Latas, frigorífico, guerra, Reino Unido: Corned Beef. La contraofensiva.

– Si, claro – contesté, haciendo una guiñada a mi colega, la supuesta doctora.

Me tranquilicé, pues supe que mi mensaje había llegado a nuestros aliados.

Crème brulée

Otra vez me vas a odiar (y no me importa, o en todo caso diré que no me importa) si te digo que, como quien no quiere la cosa, te convertiste en tu abuela y gruñes como perro pequinés por cualquier palabra o cualquier gesto que no te guste. No importa cuál, es tu reacción al hastío o tu incapacidad para moderar esos berrinches de niña caprichosa que se metió en la boca el caramelo de anís en lugar del de naranja.

Ambos sabemos que no tiene importancia el sabor de los caramelos, porque si en lugar de anís hubieses tomado el de naranja habrías hecho el berrinche por uno de frutilla aunque los de frutilla te parezcan detestables. A lo mejor es el hastío de mí y de mis estúpidos pasatiempos, porque el tiempo pasa y, en lugar de curarlo todo, lo convierte en una visión opaca como a través de un vidrio esmerilado o una mampara empañada. Como aquella vez en Nantes donde nos dimos el baño de nuestras vidas el día de lluvia que no pudimos ir al trabajo por vaya uno a saber qué y las ventanas de la casa sólo dejaban adivinar que había un mundo afuera sin chansons ni tocadiscos.

Mañana se te habrá pasado, pero los dardos que has tirado con habilidad han dado en el blanco y habrán abierto alguna herida y yo haré como si nada y te daré en la mano una tostada con queso pensando en el césped mojado o en la tapa de la mermelada. La danza comenzará de nuevo, y cuando la orquesta comience a tocar bailaremos cada paso con la precisión quirúrgica con la que el gato atrapa al ratón y juega con él hasta que decide su infame muerte. Nadie se enoja con los gatos, por supuesto, porque es inútil. Ellos corren y se agazapan debajo de algún mueble o se trepan a un árbol y observan con cierta fascinación y temor la ira humana, como nosotros observamos estupefactos la superficie del agua en ebullición convertirse en vapor o el movimiento de las aspas de los molinos.

Un día me cansaré y me largaré en un globo aerostático a recorrer América como en un sueño de Julio Verne, pero tú sabes que miento porque nadie puede vivir comiendo sándwiches que es lo único que soy capaz de cocinar. No me importa. A fin de cuentas tampoco encontraría dónde estacionar el globo en un supermercado, y ni siquiera he visto uno de cerca. Un globo, porque supermercados he visto muchos y quizá los haya visto todos ya que basta con ver uno

para imaginarse el resto.

Miro por la ventana y sueño con ver las nubes de América. En cambio, veo las nubes de París que una vez más se han obstinado en vedarme las estrellas y aterrizo de emergencia mi globo pinchándolo con un tenedor para probar tu receta deliciosa y esconderme detrás de la copa de vino como si fuese un arbusto o un ropero. Has hecho tu escena y te ha salido como nunca, los aplausos del público llueven como las hebras de queso que se funden sobre la lasagna que cortas sin compasión del mismo modo que me has hecho caer en tu trampa una vez más.

La primavera llega a Chengdu

– ¿Por qué yo?

– Es un gran honor, mi viejo amigo. Pasarás a la historia. Serás el poeta que celebró la visita de la emperatriz a estas remotas tierras. Mi caligrafía no durará más que la seda, pero tus versos serán tallados en piedra, y quienes visiten este lugar dentro de cientos de años reconocerán tu arte.

– No puedo. Mi arte no se ordena. Escribir poesía no es como redactar un edicto

– Si no lo haces, tu cabeza rodará. Tus obras serán quemadas hasta que no quede ni un ejemplar de ellas.

– A cada uno de nosotros nos han encargado celebrar esta visita y seremos generosamente recompensados.

Liang Bo miró a su amigo y se sumió por un instante en una profunda reflexión. Momentos después respondió:

– Lo pensaré.

Durante días deambuló por el bosque buscando la inspiración. Contempló la cascada, los pescadores, el canto de los pájaros y los brotes nuevos del ginseng abriéndose camino entre la hierba. Todo le pareció hermoso e inspirador, pero inadecuado para celebrar una visita real. Se sentó bajo un árbol en una pequeña ladera y se durmió. Soñó con un bello jardín y se vio nadando entre las coloridas carpas. Bebió de su agua, y despertó con la calabaza de vino vacía entre sus manos. Venció el dolor de cabeza y emprendió el regreso a casa con la sensación asfixiante de no poder cumplir con el mandato imperial.

En el camino resbaló por una pendiente y cayó entre la húmeda hojarasca de un pequeñísimo claro del bosque. Durante la caída le pareció ver un faisán escondido entre los árboles, y lo tomó como una señal de buen augurio. Antes de incorporarse contempló el cielo por unos momentos. De pronto le pareció oír una lejana música en el bosque. Se incorporó e intentó determinar de qué dirección provenían aquellas delicadas notas.

Emprendió la búsqueda varias veces, y todas retornó al punto de partida. Estuvo a punto de darse por vencido, pero decidió hacer un último intento y seguir bajando por donde había caído. Rompió algunas ramas secas y descubrió un viejo sendero empedrado parcialmente tapizado por un musgo resbaloso. Tomó el sendero con cuidado, apoyándose siempre que pudo en las ramas y troncos que se encontraban a su alcance. Caminó hasta sentirse cansado, regocijándose con la hermosa melodía que se hacía cada vez más audible entre el canto de los pájaros y los sonidos del bosque.

El camino de piedras comenzó a despejarse, y al cabo de un par de minutos encontró una choza rodeada de una pequeña valla de piedras y bambú. Caminó alrededor de ella hasta encontrar la entrada, y allí se detuvo. Vio un pequeño patio presidido por un enorme duraznero cargado de hermosas flores rosadas. Debajo, un encorvado anciano tocaba el *qin* sentado sobre una roca. La melodía le sonó celestial. Tanto, que imaginó que debía tratarse de un demonio disfrazado y sintió un poco de miedo.

La escena, sin embargo, le pareció perfecta para celebrar la visita real con una pintura, un poema y una obra de caligrafía. La melodía del anciano sería un último regalo secreto que valdría el reconocimiento de la emperatriz.

Regresó por el sendero empedrado y encontró la salida. Caminó largo rato intentando recuperar el camino para poder regresar con sus amigos y concretar aquella obra monumental que abarcaría esa secreta belleza desde todos los ángulos del arte. Cuando logró hallar un sendero conocido el sol ya estaba comenzando a bajar, y no pudo más que imaginar la belleza de la escena del pobre patio iluminada con las mágicas tonalidades del ocaso.

Día tras día regresó a la ladera con el calígrafo y el pintor, con quienes intentó en vano encontrar el pedregoso sendero cubierto de musgo y la choza y el duraznero en flor y la música del anciano. De aquel sueño y aquella obra solo llegaron a nuestros días los majestuosos versos del poema tallado en la roca que Liang Bo escribió celebrando la visita de la emperatriz.

Otro ramo de flores

Otro ramo de flores llegó a la oficina sin previo aviso. La tarjeta decía simplemente *para Ada, la más hermosa*. La firma delataba a un frugal Ramiro que había tenido el mal gusto de no aclarar mejor su identidad.

Las brujas de la oficina se alborotaron con sus habituales graznidos, y un oleaje de murmullos comenzó a humedecer las máquinas de escribir con su repugnante olor a baba maliciosa. Cuando llegó Ada embutida en su trajecito color crema, encontró el ramo estratégicamente colocado sobre el archivador metálico de manera que nadie pudiese evitar verlo.

– ¡Qué flores más bonitas han puesto! – dijo al pasar junto a él rezumando perfume.

Yolanda, la arpía al mando por antigüedad, reaccionó rápidamente. Arqueando su exageradamente depilada ceja derecha para resaltar la sombra azulada que sepultaba sus párpados, apretó los labios amarronados haciendo una pausa antes de responder:

– Parece que las han enviado para ti. Debe ser alguno de tus admiradores...

Un gorjeo recorrió los escritorios como una llamarada que fue rápidamente extinguida por la necesidad imperiosa de descubrir algo sobre el intrigante Ramiro. Ada se detuvo y la miró por encima del hombro sin decir palabra. Sin apuro y sin demora se dirigió al archivador metálico y observó la pequeña tarjeta con cuidado. Con ella todavía en la mano cerró los ojos e hizo una larga inspiración. Recordando al fogoso Ramiro, imaginó el coro de arpías, azuzando su curiosidad.

Lentamente se sentó frente a su escritorio como si fuese llevada por invisibles hilos sostenidos por pajarillos. Su hipnosis romántica incomodó aún más a sus compañeras. Pronto una densa espuma mecanográfica inundó la habitación, desdibujando a las dactilógrafas que se hicieron una con el ruido.

Dejó el traje en la tintorería y recorrió las vidrieras de las siguientes cuadras con entusiasmo. – ¿Quiere escribir una dedicatoria en la tarjeta? – preguntó la empleada de la florería.

– Si. ¿Me haría el favor de escribirla usted?

– Por supuesto, dígame.

– Ponga por favor: *Gracias por otra velada mágica. Ramiro*.

– ¿A qué dirección las enviamos?

– Avenida del Libertador 4231, oficina 16. Para Ada por favor.

Sonriente, salió de la florería de la calle Dieciocho de julio con un vestido tirante que dejaba adivinar dos veces más mujer que la que estaba a la vista.

Altramuz de la Perna

El catorce de julio de dos mil trece comenzó la gran restauración de la catedral de San Benito de la Patagonia. La obra, que tardó cinco años y cinco días en concretarse, reconstruyó pisos, aberturas con vitrales, y sobre todo el archivo presente en las catacumbas muy desmerecidas por la implacable humedad austral. Al intentar reparar una vieja pared subterránea, los obreros descubrieron detrás de la original una pequeña habitación de dos metros cuadrados tapiada por alguna razón que la bruma de los tiempos empaña.

Se dio aviso al obispo, que al poco tiempo se halló en el lugar con una gran linterna. La habitación contenía dos armarios y una pequeña mesa con un candelabro de cuatro velas a medio quemar. El olor a sebo se había concentrado a lo largo de los años impregnando la madera de los muebles y su contenido. Las cosas no eran diversas, mas sí abundantes y curiosas, lo que justificó la llamada al Departamento de Antropología de la Universidad Católica. Muchos manuscritos rescatamos de la pequeña habitación que acaso estuviesen destinados a imprimirse en las prensas de la región. Con ayuda del tiempo y los fondos generosamente provistos por la Fundación Amaltea, los iremos traduciendo del Latín, el Portugués y el Español antiguo para la preservación de la memoria y su exposición en el nuevo museo de la Catedral.

Esta primer traducción, la del manuscrito F22a, me fue asignada por la Prof. Pía Gurméndez a quien aprovecho para agradecer públicamente la oportunidad. En ella ha primado el criterio de preservación del tenor del relato que a menudo utiliza recursos ya anticuados para principios del s.XVIII, época en que ha sido datado por carbono catorce el hallazgo. Estos indicios han llevado a pensar que podría tratarse de la copia de un original bastante más antiguo. En algunos casos, hemos optado por modernizar y simplificar el vocabulario en beneficio de la comprensión lectora como es el caso de la sustitución del vocablo latín *lorica* (loriga) por el más actual aunque impreciso armadura. Así *Maurusia* (morisco) ha sido sustituido por árabe y otras que, por su actualismo, se adivinarán como improbables en un texto de la precitada época, pero que el público sabrá perdonar a favor de la cadencia. Una investigación pormenorizada liderada por Sánchez-Maguncio y colaboradores ha permitido concluir que los relatos contenidos en el ms. F22a son inéditos, y pertenecen al único ejemplar

sobreviviente hallado hasta el momento. Las siguientes líneas contienen entonces la primer historia del titulado *Ex inopinabile historiarum libri* o Libro de los relatos inverosímiles, de autoría desconocida, y que varias generaciones quizá no hayan oído.

I

Acaeció que en tiempos de los Reyes Católicos en una carabela nació una criatura. El océano, camino del Nuevo Mundo, se llevó a su madre en el parto. Su padre, Gonzalo González de la Perna, caballero andante retirado, hizo bautizar a la niña por el capitán del barco como Altramuz González de la Perna y Maciel.

Al llegar a tierra firme en las enormes llanuras de las Indias, Gonzalo aprendió el oficio de carpintero y llegó a ser oficial. Crió a su hija con el amor de un padre desconsolado por perder a su amada esposa y el incansable esmero de un colono.

La pequeña Altramuz creció entre el ganado oyendo las historias de de los tiempos heroicos en que el Caballero de la Perna recorría las florestas de la lejana Europa.

Su padre le fabricaba espadas de juguete y escudos de madera, caballos de paja y botas con espuelas hechas con trapos y viejas castañuelas de su madre.

Al llegar a la edad de ocho años, la pequeña Altramuz ya ensillaba y cabalgaba como su padre y se adivinaba la belleza y la discreción de su difunta madre. La niña añoraba los tiempos antiguos donde reinaban los valores de la caballería.

Al cumplir catorce años la joven Altramuz tomó la temeraria resolución de restaurar la antigua orden de Caballería. Los antiguos caballeros andantes, caídos en desgracia desde hacía mucho se habían reconvertido forzosamente a otros oficios para ganar su sustento.

II

Un día, ocurrió que Altramuz y su padre debieron viajar al pueblo vecino para recibir vista del Gobernador. Habiendo cabalgado unas pocas leguas, a la vera del camino real observaron un campamento de saltimbanquis que mucho gustó a la joven, mas no se detuvieron porque llevaban prisa para regresar antes de la hora de la Misericordia[1].

La audiencia con Su Excelencia fue breve pero, tanto para Don Gonzalo

que vería suspendidos sus ingresos por la Casa de la Contratación cuanto para Altramuz que urdía un plan para llevar a cabo sus deseos, pareció durar una eternidad.

[1] *(N. del T.)* Las tres de la tarde.

De regreso en casa la desolación del antiguamente celebrado Caballero de la Perna, flor y espejo de la caballería de Oviedo, terminó de convencer a la joven hija de poner en marcha su idea.

Otro día[2] pidió licencia a su padre para ausentarse a la hora tercia[3] y cabalgó hasta el campamento de los saltimbanquis donde se presentó al maestro de ceremonias, malabarista principal, y director de teatro Porfirio Fernández. El buen anciano, de unos cincuenta y largos, recibió a Altramuz en los mejores términos que su humilde condición le permitió y le ofreció una tisana de hierbas de la pradera. Conversaron largo y tendido, cuando Porfirio le presentó al resto de su Compañía. Angélica, esposa de Porfirio, mujerona de complexión robusta y destacada impostadora de voces; la joven Gwendolyn de cara angulosa y acento extraño, que al parecer de Altramuz sería apenas más joven que ella, huérfana de madre, quien al poco se supo que había sido la mujer barbuda; Toni, el padre de Gwendolyn, enano profesional y maestro prestidigitador de carácter alegre y bonachón; y Adolfo el Alto, hombre gordo de gran estatura, voz gruesa y sonrisa encantadora.

[2] (N. del T.) Al otro día.

[3] *(N. del T.)* La tercer hora luego del amanecer. Varía a lo largo del año en latitudes alejadas del ecuador, pero refiere alrededor de las nueve de la mañana.

Con este reparto y sesudas discusiones orientadas por Don Porfirio, Altramuz perfeccionó la estratagema que fortalecería la moral de los antiguos caballeros andantes, en el que sería el primer paso para instalar la Orden de Caballería en el Nuevo Mundo. Dejaremos a Altramuz regresar a casa para el almuerzo y veremos lo que ocurrió al día siguiente.

III

Penaba Don Gonzalo mientras barría las hojas secas de la parra de su casa cuando de pronto escuchó un terrible gemido. Al principio era muy débil, pero con el tiempo se fue acercando y divisó que venía de una hermosa muchacha que cabalgaba de lado, casi caída, sobre un palafrén. Al punto dejó la escoba y no sin cierta dificultad corrió a apearla. Cuando Don Gonzalo vio a la muchacha no pudo más que pensar que sería hasta de la edad de su propia hija.

Ató el caballo a un árbol y ofreció un poco de agua fresca a la joven

doncella, quien agradeció sobremanera las atenciones y volvió a gemir desgarradoramente un par de veces antes de caer desmayada. Luego de muchas atentas palabras y cuidados volvió en sí, lo que plació grandemente al viejo caballero. Al punto recobró el habla y comenzó el relato de su historia y pareció volver a desfallecer. En eso estuvo largo rato antes de poder continuar su narración y llegar al nudo de sus cuitas.

Don Gonzalo supo así que la joven era una infanta de familia portuguesa y que se llamaba Doña Inocencia Da Penha Dos Santos. No poseía noticia de su familia ni de su hacienda luego que hubo de huir del malvado duende Manrico, un sabio encantador que hizo presa la Peña de los Santos hasta seis días[4] y que solo podía ser derrotado por la noche cuando sus artes sutiles se debilitaban. Don Gonzalo sintió su sangre hervir por aquella villanía que, a juzgar por el porte y la discreción de la joven había recibido una familia de gran nobleza de espíritu. Al instante sosegó sus bríos y lamentó en el fondo de su alma no ser ya aquel poderoso Caballero de la Perna que galopó bosques y florestas para prestar ayuda con el filo de su espada en semejante situación.

[4] *(N. del T.)* Seis días atrás.
Doña Inocencia relató que el pérfido Manrico dormía en un campamento invisible no muy lejos de allí, y que podía vérsele sólo a la luz de la luna en virtud de sus poderes ocultos. Con el corazón enaltecido, Don Gonzalo sentenció:

– Dadme las señas del tal campamento, que esta misma noche veréis deshecho vuestro terrible entuerto. Las razones de mi espada pondrán final a las fechorías del temible Manrico. Ahora id, tomad rumbo a vuestro hogar y preparaos para reuniros con los vuestros. Sabed que si salgo airoso, será vuestro padrino el Caballero de la Perna con quien siempre podréis contar y hallareis aquí mismo mientras dure mi vida.–

Esta sentida declaración de Don Gonzalo le tomó a sí mismo por sorpresa. Sintió tener hasta veinte años, y hacer sentir orgullosa a su amada Catalina.

Luego de expresar muchos y muy sentidos agradecimientos a su nuevo padrino, Doña Inocencia montó en su palafrén con ayuda del anciano y cabalgó por la llanura rumbo al norte hasta que desapareció.

Al regresar Altramuz a su casa y ver a su padre limpiando su vieja cota de malla y su loriga, y ver su espada reluciente, comprendió que algo había ocurrido en el buen viejo que parecía haberle devuelto la vida.

Pidió ayuda a Altramuz para cortar la crin y cepillar su caballo ya que debía presentarse esa noche para una importante diligencia de la que no contó más a su hija.

Bastó que el sol comenzara a ponerse para que el Caballero de la Perna estuviese listo para partir hacia el lugar indicado por Doña Inocencia como el campamento del duende. Cabalgó unas pocas leguas hacia el norte y divisó en medio del bosque una carpa en que se proyectaban unas débiles sombras de aterrador aspecto. Compúsose Don Gonzalo y ató a su caballo a la hierba por si acaso no regresara con vida el animal pudiese liberarse con facilidad. Hizo el signo de la cruz hasta tres veces y caminó sigilosamente hasta la guarida del duende Manrico.

En condiciones normales el Caballero de la Perna hubiese dado voces para que su enemigo se dispusiese al combate. Sin embargo, ante un inminente combate entre hierro y encantamientos prefirió explorar el lugar primero. Rodeó la carpa donde vio moverse una odiosa sombra, pequeña y regordeta con orejas largas y puntiagudas que le sobresalían por encima de la cabeza. Su nariz sintió el aroma nauseabundo del gnomo y le pareció que la morcilla se le saldría por la boca. Empuñando con fuerza a su fiel Bragamante, llenó sus pulmones de aire para no respirar posibles vapores de las pócimas embriagadoras con que el duende se protegía y al punto irrumpió en la carpa gritando como un verdadero salvaje de las pampas. Dio hachazos, paladas y estoques con su espada Bragamante a todo lo que le pareció hasta que cayó exhausto y se arrastró hacia el aire libre para no respirar los vomitivos efluvios del interior.

Al rato la noche se despejó y a la luz de la luna decidió comprobar su victoria. Del interior de la carpa extrajo una pequeña figura de hasta tres codos sobre un catre y observó maravillado cómo el muerto duende, vestido con unos extraños ropajes minúsculos, se había convertido en una figura de paja con dos asquerosas orejas como de cerdo que sobresalían de su cabeza y emanaban vapores nauseabundos. De aquel prodigio que viera, así como de la existencia del bondadoso Caballero de la Perna se enteraría todo el pueblo en pocos días por boca de su propia hija y sus asombrados vecinos, llegando el rumor a los pueblos vecinos con toda clase de adornos al cabo de pocas semanas.

IV

Mucho fue lo que se oyó en boca de las gentes sobre la hazaña del Caballero de la Perna en el Nuevo Mundo, envalentonando a viejos

labradores, herreros y venteros que en su juventud supieron honrar la orden de caballería en tierras de la vieja Europa. Pulularon los barberos cuando una docena de estos desgreñados colonos comenzaron a cortar su cabello y rasurar sus barbas a la moda antigua y muchos jóvenes los imitaron.

Fuéronse conociendo sus nombres de a poco a medida que comenzaron a espantar buscones y toda clase de pillos que azotaban los pueblos. Todo esto llegó a oídos de Altramuz, cuya emoción no podía contenerse. Sus ojos se llenaron de luz cuando tuvo una nueva idea.

Ensilló su caballo y se dirigió al campamento de sus amigos saltimbanquis. Discutida la idea con Don Porfirio, y a sugerencia de Doña Angélica, vistiéronse ricamente Altramuz y la joven Gwendolyn a guisa de sirvienta un atardecer con ropas de teatro que conservaban en un arcón. Tomaron dos caballos ligeros que a la sazón fueron preparados por el buen Adolfo el Alto y pusieron rumbo al pueblo vecino. Cuando llegaron a la plaza principal, ya cerca de la hora nona, do la gente reuníase alrededor del cuentacuentos hubo gran maravilla de su presencia.

– Somos dos doncellas errantes – dijo Altramuz al presentarse.–

La gente, ávida de historias, escuchó atenta e incrédula de estar viviendo la suya propia en medio de la aburrida vida de pueblo.

– Mi señora, aquí no hay caballeros – agregó Gwendolyn cabalgando alrededor de la muchedumbre.–

– Sabed – dijo Altramuz con voz altanera – que habrá una reunión en la villa de San Ramón.–

– Si hay caballeros armados en vuestro pueblo, decidles que será el primer día de la cuaresma y que el Caballero de la Perna los estará esperando.–

Al oír este nombre, la muchedumbre murmuró y se desordenó. Altramuz y Gwendolyn aprovecharon la ocasión para azuzar sus palafrenes y desaparecer rápidamente. Al día siguiente no quedó nadie en el pueblo que no se enterase de la aparición de las misteriosas doncellas errantes y del llamado del famoso Caballero de la Perna para el Miércoles de Ceniza.

Así, las doncellas errantes recorrieron pueblos día tras día con su mensaje por espacio de dos semanas y media.

Las noticias fueron y vinieron y llegaron al Gobernador. Su Excelencia envió noticia a Sus Majestades reales, quienes siguieron con gran entusiasmo estas nuevas. Muchas notas secretas viajaron en Europa y desde ella. Al poco tiempo, hasta Su Santidad estaba enterado del asunto, de lo que hubo gran satisfacción y aseguró los medios para que hubiese gran pompa durante la próxima cuaresma en el Nuevo Mundo.

V

Pasaron hasta nueve meses cuando ya bien entrado el verano fue el día de la reunión.

Una grupo de caballos llevando a sus caballeros en número de doce se reunió en la plaza de armas. Entre ellos, se destacaba grandemente Don Gonzalo, el Caballero de la Perna, quien adelantó su caballo y entró en el círculo hablando así a aquellos valientes hombres:

– Por amor de Dios Todopoderoso os ruego vuestra ayuda y servicio a nuestro señor, el Rey Don Fernando El Justo.–

Muchos derramaron lágrimas, puesto que no esperaban tan grande honor en tierras salvajes.

El primero en hablar fue el más viejo, ricamente ataviado y montando un gran caballo negro armado a la moda antigua.

– Sabed Caballero de la Perna, que Rigobert de Saint-Remi, portador de la sangre del arzobispo Turpín, está con vos – dijo uno, y en haciendo el signo de la cruz desenvainó su espada y la mantuvo en alto mientras continuaba hablando.–

– La justicia y la verdad están de nuestro lado porque esta es Altaclara, la espada de Oliveros, que convirtió a Fierabrás al cristianismo y servirá a nuestro Señor.–

Así habló otro:

– ¡Temed quienes oséis ser crueles!¡Huid quienes seáis injustos, que mi poder viene del sol que Dios nos envía! Un descendiente del Bello Desconocido, hijo de Gawain, Hernando de Galván está con vosotros.–

Uno tras otro se presentaron Arnaldo, descendiente de Florisel y Elena; Pedro y Santiago, de la sangre de Don Belianís; Claudio el Pelirrojo, del linaje explorador de Erik el Rojo; el nuevo Caballero del Febo, Gerardo Quijano el Bueno, tataranieto del gran Don Quijote de la Mancha;

Malcom, el de la enorme espada de los gigantes engendrados por Caín; Estefan, del linaje del gran Hagen de Troneja; y Alfonso Díaz, descendiente del rey García Ramírez de Pamplona y del mismísimo Cid Campeador.

A poco de haber descabalgado todos se abrazaron y derramaron grandes lágrimas como si fuesen viejos amigos separados por largo tiempo que se reencontraban en aquella feliz ocasión. Juzgando que ya tendrían tiempo para darse noticia de sus vidas y las de sus antepasados, interrumpió la alegría de aquellos que ya eran hermanos la voz comandante del Caballero de la Perna.

– Ha llegado noticia de Su Majestad. Nos renueva su bendición como caballeros y ruega que emprendamos una difícil campaña en las Indias. La catedral de Santiago ha sido profanada. Las reliquias de la Reina Urraca han sido robadas. Unos infieles las habrían llevado a Casablanca y de allí al nuevo continente.–

La indignación podía olerse en la pequeña multitud que estos Doce Pares del Nuevo Mundo.

– Hay más – añadió el Caballero de la Perna, pero antes de terminar una brisa sopló y puso piel de gallina en aquellos valientes como si los humores se les hubiesen desequilibrado.–

– Los árabes se han llevado junto con ellas cierto cáliz que podría causar enormes desgracias si llegara a manos equivocadas.–

La noche se tornó oscura como nunca y tomó así la Palabra Rigobert de Saint-Remi que casi no pudo contener las lágrimas.

– Enviaremos recado a Su Santidad el Papa – dijo mientras hacía el signo de la cruz –, estoy seguro que dispondremos de todos los recursos necesarios para esta delicada empresa.–

Todos hicieron entonces la señal de la cruz, y el cielo volvió a despejarse. Gerardo Quijano el Bueno tomó entonces la palabra.

– Es mi parecer que debemos dar noticia de nuestra reunión al rey Don Fernando – dijo, de lo que todos tuvieron gran placer.–

No podían ellos reunir ejército, ni el rey acudir a los canales oficiales sin poner el alerta a los profanadores. Quedó así constituido su Consejo, y mientras esperaban las respuestas entablaron las más discretas indagatorias desde sus oficios cotidianos. La joven Altramuz y sus saltimbanquis hicieron los mayores progresos en ocasión de sus

intervenciones encubiertas.

Tres meses transcurrieron hasta que llegaron las respuestas.

Así fue como, en mérito de sus grandes hechos por Decreto Real, la joven Altramuz de la Perna fue armada primer Dama Andante de la historia, seguida de la joven Gwendolyn. Fundóse secretamente la inteligencia militar dentro de la ya gloriosa Orden de Caballería del Nuevo Mundo. Así también se emprendió la famosa búsqueda de las reliquias de la Reina Urraca y de cierto cáliz milagroso que pronto serán relatadas, si así Dios me lo permite.

Informe anual

Desclasificado: 14-03-2022 Informe 226/08 Departamento de Investigación Límite - Ministerio de Defensa Nacional - ROU Reporte Anual 2008.-

El DIL tiene como cometido la “exploración de fenómenos exóticos, poco comprendidos o aún inexplicables bajo el paradigma actual mediante el método científico y la aplicación de tecnología de punta o en fase experimental con la Seguridad Nacional en su horizonte.” Cuenta con tres Oficiales, un Investigador Principal (Escalafón K, Capitán Peláez, cuerpo técnico-especialista), una Investigadora Adjunta (Escalafón K, Teniente Primera García, cuerpo técnico-especialista), un Preparador Auxiliar (Escalafón K, Cabo de segunda Martínez, cuerpo administrativo) y una funcionaria con destacada capacidad “sensitiva” (Escalafón E, R. del Campo, pase en comisión de la Administración de Ferrocarriles del Estado). Se informa a la superioridad que aún cuando se trata de un cuerpo reducido para los fines que persigue, ha resultado extremadamente productivo.- Bajo la premisa de nuestros cometidos hemos conducido 73 experimentos de mediana duración, pertenecientes a nuestras líneas de investigación semipermanentes a saber:

1- Utilización de recursos agroforestales como indicadores de irrupción en el espacio aéreo.-

A este respecto cúmpleme informar los principales avances. Mediante el uso de escáneres láser portátiles (simples, de supermercado) hemos determinado que el patrón radial de líneas de las manzanas de la variedad Cripps Pink (Pink Lady) predice la eventual irrupción de vehículos aéreos en un radio de 41 kilómetros con una probabilidad cercana al 50Asimismo, uno de nuestros mayores orgullos ha sido la determinación de que el tamaño de las inflorescencias (flores) de la hierba Cyperus rotundus (pasto bolita) puede correlacionarse con gran apoyo estadístico a la sobrenavegación de artefactos de mediano porte (hasta 450 kg) en un radio de 18 metros. Notablemente, el desarrollo de esta herramienta podría permitir triangulación de datos de navegación aérea con gran precisión de artefactos del porte de un vacuno adulto flaco.-

2- Exploración de fenómenos lumínicos con potencial armamentístico

o para tareas de inteligencia.-

Es nuestra línea de investigación de mayor duración. La mayoría de estos experimentos fueron comenzados bajo la supervisión del Investigador Principal anterior (Cap. Zugarramurdi), y aún entregan resultados sorprendentes. Se detallan aquellos del período correspondiente al informe.- Utilizando una lámpara de plasma estándar (modelo Tesla, gentil donación del gobierno portugués en 1967, restaurada por el DIL a partir de 1985 y adaptada al nuevo estándar de tomacorrientes en la misma época) que colocamos en un operativo encubierto en una exposición abierta a todo público, pudimos determinar que el artefacto es capaz de identificar personas con polidactilia (dedos supernumerarios) al apoyar la mano sobre la esfera. La característica se determina por la cantidad de rayos que se proyectan sobre la esfera exterior, que en el caso de individuos polidáctilos se incrementa en número. No hace falta abundar sobre la utilidad de este enorme hallazgo, puesto que podría servir ni más ni menos que para identificar operadores que utilicen miembros prostéticos, dedos falsos o guantes aislantes. Las características encubiertas de este operativo nos han permitido concluir que las personas sienten una irresistible necesidad de posar su mano sobre la lámpara, aumentando así su efectividad para los fines antedichos.-

Hemos comenzado la exploración de la electrofotografía para identificar cargamentos potencialmente peligrosos en contenedores de carga y vehículos automotores que cruzan la frontera. Nuestras hipótesis indican que el uso de una cámara Kirlian (capaz de fotografiar descargas eléctricas en las superficies, mal llamada aura) permite distinguir un maletero o incluso un camión cargado con armamento largo de uno cargado con elementos textiles. Hemos obtenido excelentes resultados preliminares utilizando electrofotografía de flores y artefactos pequeños con capacidad conductiva.- Son estos muy recientes, ya que nos encontramos en una etapa de puesta a punto. La técnica requiere que el artefacto en cuestión contacte la placa imagenológica para funcionar. Por este motivo, hemos establecido una colaboración con el Departamento de Diseño Industrial (DDI) para desarrollar equipos de electrofotografía capaces de albergar un vehículo de uso doméstico, para luego escalarlo a dimensiones adecuadas al transporte de cargas. Me permito manifestar que soy muy optimista al respecto.-

——– Cap. Narciso Peláez — Jefe del Servicio

Desencuentros

Paréceme que ya todo ha sido escrito. Sin embargo, aquí estoy, consciente de que mi torpe esfuerzo no es más que una de las innumerables permutaciones de palabras que pueden ser dichas. Aún así, confío que no resultará indigna mi historia.

Me fue dado conocer el amor una sola vez, y por esa misma razón me convertí en el solitario campesino que soy. No tuve suficientete impulso para intentarlo más, tal vez por haber agotado mis energías aquella noche, que es todas mis noches, en esta misma cordillera en que cobardemente me he exiliado.

Había llegado desde la capital en una visita relámpago a la querida cabaña que tanto trabajo me llevó construir en mi juventud. Encendí el fuego y preparé la cena. El crujido de los troncos quemándose me resultó hipnótico. Pensaba en ella, y en el futuro.

El futuro nos incomoda, porque de alguna manera depende de nosotros y no es fácil tomar la responsabilidad de las decisiones. Por eso nos gusta el pasado, que siempre tiene algún momento conveniente al que aferrarse e idealizar. Sin embargo, veo que es más cómodo añorar lo que no se tiene que trabajar con lo que hay para construir lo que se necesita. Lo último puede fallar.

El hoy es real, contrastable. El pasado es discutible, pero siempre habrá uno, elegido, del que podamos rescatar lo que haga falta. Si nuestro anhelo fuese a la Inglaterra victoriana, seguro iría a tomar el té en un amplio salón bellamente decorado en un tiempo libre de pobres respirando un aire espeso, contaminado por el humo de las fábricas. Así, es mejor el pasado. Sin dudas mejor que hoy, y mucho mejor que mañana. Lo malo es que es adhesivo, chicloso, como un barrial. Es fácil olvidar que se está en un momento inexistente, elegido en tiempo y espacio, condimentado por la distancia y la necesidad de refugio.

Ahora que lo recuerdo, siempre tuve la sensación de nadar sobre la superficie de su pecho. Cada vez que intenté llegar más profundo y me tiré de cabeza, al zambullirme, encontré su corazón acorazado, elusivo, resbaloso como un pez. No se puede decir que no me quisiera. Me quería, pero con ese cariño insípido que se tiene por una tortuga u otra mascota de sangre fría.

Como un gigantesco tapón blanco en el valle, las enormes nubes cubrían el lago con su silenciosa delicadeza. Me pareció que el graznido de viejas aves hambrientas le daba un encanto decadente. Esa noche tuve una epifanía. Sentí su voz llamarme a lo lejos, aunque sabía que trescientos kilómetros eran suficientes para que fuera inverosímil. Así y todo, supe que me llamaba. Por respeto a su espacio elegí soñar que no le oía, que no debía subirme corriendo a la camioneta y salir a buscarla. Salí afuera, entré unos leños, y escuché la radio mientras mi única esperanza de ser correspondido en el amor se derretía sobre su amante.

Poco a poco fuimos perdiendo contacto, pero no por falta de cariño. Diría más bien que fue falta de entusiasmo, como en esos matrimonios oxidados por la pereza. Años después, una mañana, supe que decía amarme.

Ya no tengo dudas. El amor es una comedia de desencuentros.

Agradecimiento

Gracias a todas las personas que con su desinteresado trabajo contribuyen al bienestar de la comunidad, y al progreso de la humanidad.

Esta pequeña contribución no hubiera sido posible, ni hubiese llegado a tus manos, sin el andamiaje construído por una cantidad de heroìnas y héroes anónimos.